

El último hombre en el Mundo.

El hombre había caminado cerca de cuatro horas, sin encontrar persona alguna en su camino.

Ya no había viviendas, carreteras o indicadores de que existieran poblaciones en la vereda por la que andaba, cansado, mirando al vacío.

Se detuvo, alzó la vista al cielo, que aún permanecía azul. Experimentó cierta tranquilidad de que el cielo aún mantuviera su color original.

Rio, de manera inconsciente. ¿Cómo podría ser posible que el cielo no fuera azul?

—Debo estar volviéndome loco —dijo para sí mismo.

Hace una semana, aún encontró casas a orillas de carreteras que cruzaban las poblaciones con las que se topó en su andar. Las ventanas de las viviendas aún permanecían en buen estado.

Había luz eléctrica, agua potable, y muchos de los aparatos eléctricos, funcionaban sin problema alguno. Las carreteras se hallaban asfaltadas, debidamente señalizadas, y en buen estado.

Pero vacías. No había ser humano alguno.

Un mes antes, recuerda que transitaba grandes ciudades, con altos edificios, rascacielos, gasolineras, e infinidad de comercios y casas. Las calles y avenidas eran amplias y lucían limpias e impecables. Los centros comerciales poseían sus bienes intactos, por lo que el hombre podía encontrar cualquier cosa que imaginara.

No le había hecho falta alimento, vestido, o artículos para asearse.

Incluso, se animó a distraerse un poco jugando con algunos aditamentos audio-visuales, leyendo libros interesantísimos, o viendo algunas películas en diversos formatos. ¡Hasta encontró algunas historietas que faltaban en su colección!

Pero no era distracción, o bienes, lo que anhelaba.

Simplemente buscaba compañía humana.

Hace dos meses, tenía una vida normal. La ciudad rebosaba de actividad. El hombre tenía familia con la cual vivir, amigos que visitar, labores y distracciones que podía llevar a cabo, y todo transcurría de manera común y corriente.

Ahora. Nada.

Llegó a la orilla de la vereda. Atardecía. La figura enorme del sol comenzaba a quedar oculta por el follaje de los árboles de un frondoso bosque que se levantaba delante. El hombre miró a la lejanía, arrugando la frente y entrecerrando los ojos, intentando ver, más bien, su mente, anticipar, lo que le esperaba más adelante.

Inconscientemente, sintió algo similar al miedo y la incertidumbre.

Jamás había tenido que preocuparse por algo así.

Ahora... Ahora se encontraba completamente solo.

Intentó retroceder, ahondando en sus recuerdos cuidadosamente, si toda aquella situación extrema tenía un origen.

Quizá él mismo había hecho algo para que las circunstancias evolucionaran a semejante condición.

Había llevado una vida normal. Jamás había presenciado algo como esto. Eran circunstancias en verdad extraordinarias. Una historia como ésa sólo las conocía por películas, vistas con sus amigos, o en soledad. La verdad –pensaba– el género de Ciencia ficción ni siquiera era de su total agrado. Prefería historias románticas, y...

Entonces, detuvo sus pensamientos.

Miró de nueva cuenta el horizonte, ahora prestando mucha más atención que antes.

No, ese cerro a la izquierda. Hace dos minutos no estaba ahí.

Continuó rememorando su vida.

Recuerda cuando su perro, ese pequeño labrador de pelo castaño corto, llegó a su casa, de la nada. Su esposa pensó que alguien seguramente lo había abandonado, siendo aún un cachorro, y el perro, buscando un hogar, se acercó a la entrada de la casa...

El hombre arrugó la frente, de nueva cuenta.

El perro no estaba desaliñado, ni flaco, o mostraba señales de abandono. Para el hombre, el encontrarlo, y estando dominado por la emoción de hallar un perro tan hermoso y bien portado como ése, le había hecho pasar por alto estos pequeños, pero ilógicos, detalles.

Recuerda que el perro estaba sentado delante de la puerta, como si lo conociera de toda la vida.

Continuó recordando.

En una ocasión –vino a su mente en ese momento, estando en el ocaso, frente al bosque donde acababa de aparecerse un cerro– se despertó una mañana en la que brillaba un sol radiante, y el cielo se encontraba completamente despejado. Miró por la ventana, y viendo una mañana así, se sentía animado para hacer muchas cosas.

Todo hubiera ido bien, sin embargo, hubo algo que sucedió, que le hacía dudar de los hechos, cuando, ahora, los analizaba detalladamente.

En su mente recordaba que, en esa mañana radiante en especial, debía asistir a una cita importante. Lo más extraño es que no recordaba la hora, y aunque en su mente se intentaba dibujar la imagen de la persona a quien vería (que se le hacía altamente familiar), no pudo concretar ese pensamiento. El perro labrador subía a la cama, de manera sorpresiva y juguetona, y comenzaba a lamerle su rostro. El hombre dejaba ir esos extraños pensamientos, tras la manifestación de cariño del animal.

En este momento, en el presente, a la distancia, una idea cruzó su mente, de manera tan rauda, que apenas pudo detenerla, y analizarla. ¿Qué tal si...?

Le pareció ver menos árboles que antes, allá adelante, en el bosque. Se negó a continuar caminando.

—¿Qué es lo que está sucediendo? –gritó entonces, dirigiéndose al cielo.

No hubo respuesta.

—Sé lo que estás intentando hacer –continuó hablando en un tono más serio, y algo molesto – ¡No te escondas más! ¡Sé que me estás oyendo!

Una parvada de pájaros silvestres arremetieron en vuelo al cielo, desde el follaje de los árboles.

El hombre entrecerró los ojos, y permaneció expectante. Hace semanas que no se había cruzado con seres humanos, ni con ningún animal.

Sonrió.

—Me estás escuchando... —dijo en voz baja. Miró al cielo, que empezaba a mirarse oscuro, una vez que el sol se hubiera ocultado en el horizonte. Permaneció callado unos segundos, observándolo todo.

Silencio.

—¿Qué sigue ahora? —susurró el hombre para sí mismo. Aquel paraje le hizo experimentar un poco de miedo, como si el bosque se tornara amenazante en ese mismo instante.

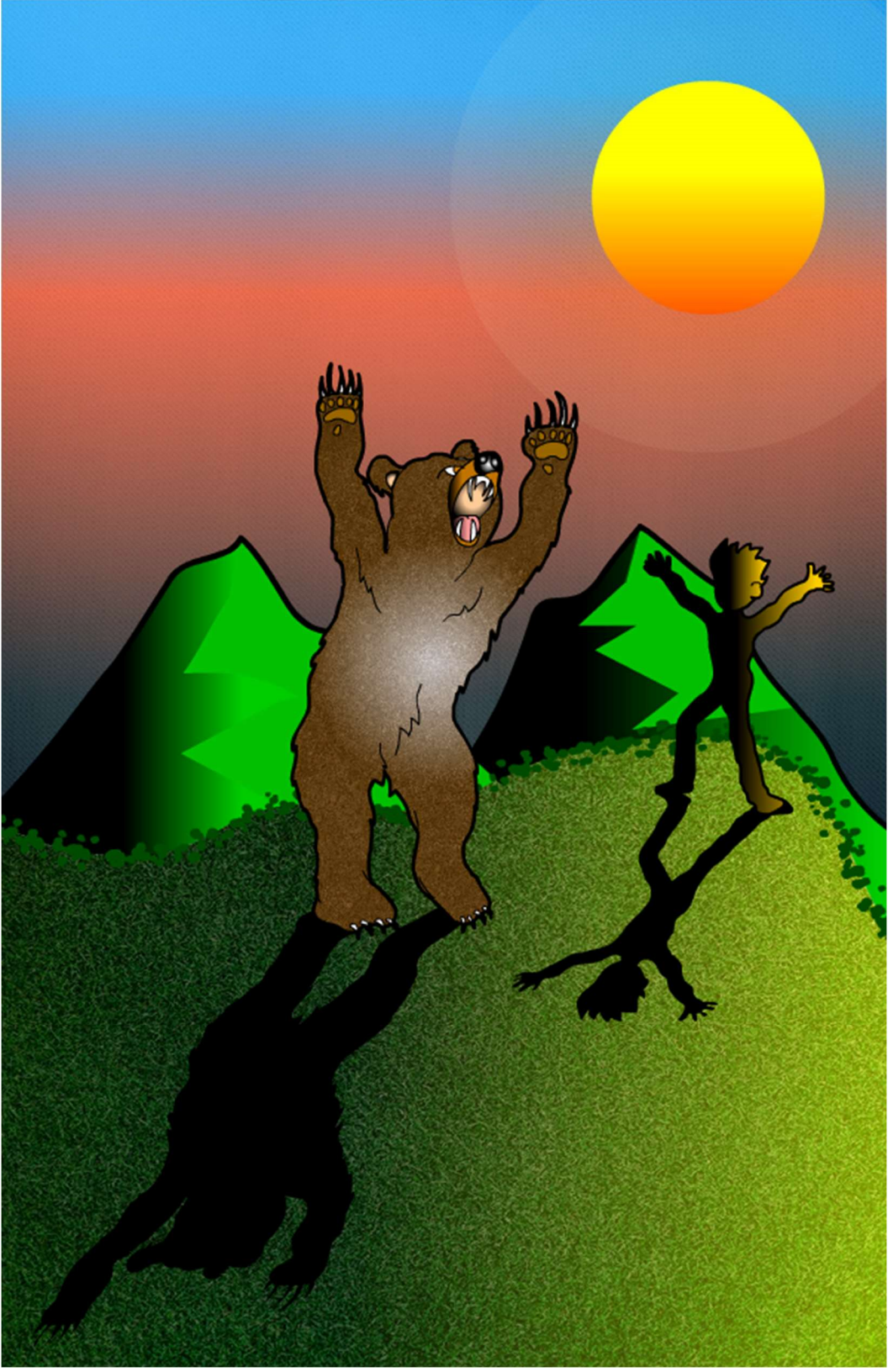
El rugido fue distante y difuminado al inicio, hasta que, lentamente, el sonido tomó forma, y se convirtió en lo que el hombre más temía..., y que se fue acercando a él.

Un oso pardo, de enormes proporciones.

La figura emergió velozmente, tan veloz que el hombre apenas había podido distinguirla, de un grupo de árboles, metros delante de donde el hombre se hallaba de pie. Un terror invadió su ser. La adrenalina se disparaba y sintió que ésta estaba a punto de correr por sus venas. La mirada del hombre se topó con la del oso, gigantesco, fornido, imparable. El animal gruñó, emitió un descomunal rugido, y se abalanzó hacia el hombre, quien abrió los ojos, enormes, al ver que ese oso se movía inusualmente raudo.

—¡Ya sé lo que haces! ¡Ahora lo entiendo todo! —el hombre gritó con todas sus fuerzas, mirando el cielo oscurecido. Algunas estrellas brillaban por aquí, y por allá — ¡Escribes mi vida, porque deseas concluir una historia!

El oso estaba a punto de alcanzar al hombre, quien lo miró, atterradoramente cerca de él.



El miedo estaba a punto de dominarlo, y un grito empezaba a tomar forma en su garganta... pero, sorpresivamente, reaccionó, movió la cabeza, en señal de negación y...

—¡Ya BASTA! —gritó con todas sus fuerzas.

El oso se detuvo inmediatamente, se levantó en sus dos poderosas patas traseras, extendió sus patas delanteras hacia arriba, en señal de certero ataque, y...

—¿Ibas a matarme de hambre y soledad, y ahora que descubrí el hilo narrativo, vas a asesinarme? ¿O sólo deseas ver cómo reacciono ante una Muerte inminente? ¡Vaya cobarde que saliste!

El oso se mantuvo inerte entonces. Miró al hombre, ladeó un poco la cabeza a la derecha, en señal dubitativa, y luego, en contra de toda lógica, se puso a cuatro patas.

El suelo de esa meseta retumbó.

El hombre cerró los ojos, instintivamente.

El oso lo miraba, expectante.

Tras unos segundos de silencio, el hombre se animó a hablar.

—Lo comprendo. Todo —expresó — Mi vida era normal, aburrida — el hombre pensó que debería verse ridículo hablando a un oso pardo, así que volteó al cielo, ahora sumido en el brillo de las estrellas. El oso no dejaba de mirarlo, dudoso. Jamás había visto a un ser humano hablarle a uno de su especie. El hombre hubiera jurado que la luna no era llena, minutos antes — No sabías qué hacer con mi vida, para concluir tu historia, así que, decidiste mantenerme vivo, escribiendo a la par que yo me mantenía latente en tus hojas de papel. Cada vez que sucedía algo que no te gustaba, lo borrabas de tu escrito, pero (tú no te imaginaste esto, hasta ahora) quedaba grabado en algún lugar de mi memoria. Es extraño [debes estar preguntándotelo, igual que yo], cómo un simple personaje que creaste tenga memoria, y recuerde lo que le hiciste vivir, aunque después los hechos hayan sido borrados de la historia.

Sonidos de agua de río, grillos, y algunos zumbidos de insectos, se dibujaron entonces.

—¿Sufres una crisis creativa, no es así? —cuestionó el hombre — Tienes miedo de que a tus lectores no les agrade lo que escribes.

La luna pareció emitir un poquito más de brillo.

—Bueno... —comentó el hombre, mientras reflexionaba. Suspiró — Hagamos algo... Te propongo que trabajemos juntos, escribiendo historias.

‘Verás, desde hace tiempo que siento una inquietud por sentarme y escribir, pero nunca puse atención a ese instinto, porque me encontraba concentrado viviendo una vida “normal”. Familia, amigos, trabajo... Ya sabes... Pero, cuando has traído a mi vida todas estas circunstancias atípicas, vinieron a mi cabeza algunas ideas para esbozar historias. ¡La noche en soledad, en el centro comercial, viendo películas y leyendo libros, me inspiraron de gran manera! ¡Gracias por eso!

Si me lo permites, regresaré a casa, y comenzaré a escribir un poco, para que juzgues mis ideas.

Si te agradan, podemos sentarnos y discutir la dirección de las historias. ¡Sería genial trabajar con un escritor real!’.

Una estrella fugaz se dejó ver en el horizonte. El brillo que dejaba tras de sí era raudo, y alegre.

El oso, cansado de entender absolutamente nada, decidió bufar, molesto, darse la media vuelta, y volver a lo que andaba antes de encontrarse sorpresivamente con un humano. Además, los seres humanos ni le gustaban.

Hombre y escritor, comenzaron un prolífico portafolio de historias asombrosas, donde la integración de sucesos reales y ficticios, hicieron que los lectores disfrutaran mucho los textos, producto de esta inusual colaboración que...

Espera. Detente un momento.

Lector, *¿has escuchado eso?*

En la lejanía. Ese sonido, podría jurar que no proviene de este cuento.

¿Lo escuchas...?

No te sobresaltes, seguramente es nuestro oso pardo, que ha huido recientemente del bosque ficticio al mundo real, por lo que te recomiendo que, si encuentras uno cerca de donde vives, corras velozmente, y no hagas lo mismo que el hombre de este cuento, ya que los osos pardos que no tienen escritor que los relate, suelen ser malhumorados, irritables, y además no les agrada hablar con seres humanos que encuentran en los cuentos que ellos pacíficamente, *habitan*.

